

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XV. — NÚM. 703

Madrid, 12 de Julio de 1934

PRECIO: 25 CÉNTS.

LA ABOLICIÓN DEL SANTO OFICIO EN ESPAÑA

El Domingo próximo, día 15 de Julio, hará un siglo que Martínez de la Rosa firmó un decreto suprimiendo en España el Tribunal de la Inquisición.

La fatídica sombra de Fernando VII pesó sobre España mucho tiempo después de su muerte, y aun podemos asegurar que, a pesar del tiempo transcurrido, aun no se ha desvanecido por completo.

Entre los inefables recuerdos que dejó «el Deseado» a sus pacientes súbditos, por vía de herencia, además de la guerra civil, que fué el más lamentable, porque depauperó a España, figuraba todavía como un alucinante jirón del tiempo lúgubre y fanático de la dinastía austriaca el Tribunal del Santo Oficio, que, aunque herido de muerte, todavía subsistía y de vez en cuando daba algún aletazo espasmódico, precursor de su cercano fin. Tal fué el que repercutió en Valencia el 3 de Julio de 1826, y en la persona del maestro de Ruzafa, D. Cayetano Ripoll, que fué condenado a la última pena porque sus alumnos no decían «¡Avemaría Purísima!» al entrar en clase.

Ocho años más tarde, Martínez de la Rosa, que también había estado condenado a muerte por el Gobierno de Calomarde, acababa de una plumada, como hemos tenido ocasión de ver al comienzo de estas líneas con la lúgubre mascarada de la Inquisición, que con escarnio de la misma religión que defendía había sido el coco de los españoles por espacio de cuatro siglos.

El mismo Gobierno abolió en aquel año los herrumbrosos consejos de Castilla, Indias, Guerra y Hacienda, y la Escuela de tauromaquia, creada con grande entusiasmo por Fernando VII muy poco antes de avecindarse en el panteón de El Escorial.

GRACIA Y JUSTICIA

Real decreto suprimiendo definitivamente el Tribunal de la Inquisición.

Deseando aumentar la garantía de crédito público de la nación por todos los medios compatibles con los principios de justicia; teniendo en consideración que mi augusto esposo (q. e. g. e.) creyó bastante eficaz el sostenimiento de la religión del Estado, la

nativa e imprescindible autoridad de los muy reverendos arzobispos y reverendos obispos, protegida cual corresponde por las leyes de la Monarquía; que mi Real decreto de 4 de Enero próximo pasado ha dejado en manos de dichos preladados la censura de los escritos concernientes a la fe, a la moral y disciplina, para que se conserve ileso tan precioso depósito; que están ya concluidos los trabajos del Código criminal, en que se establecen las convenientes penas contra los que intenten vulnerar el respeto debido a nuestra santa religión; y que la Junta eclesiástica, creada por mi Real decreto del 22 de Abril, se ocupa de proponer cuanto juzgue conducente a tan importante fin, para que provea yo de remedio hasta donde alcance el real Patronato, y con la concurrencia de la Santa Sede en cuanto menester fuere; en nombre de mi excelsa hija, doña Isabel II, oído el Consejo de gobierno y el de ministros, he venido en mandar lo siguiente:

Artículo 1.º Se declara suprimido definitivamente el Tribunal de la Inquisición.

Art. 2.º Los predios rústicos y urbanos, censos u otros bienes con que le había dotado la piedad soberana, o cuya adquisición le proporcionó por medio de leyes dictadas para su protección, se adjudican a la extinción de la Deuda pública.

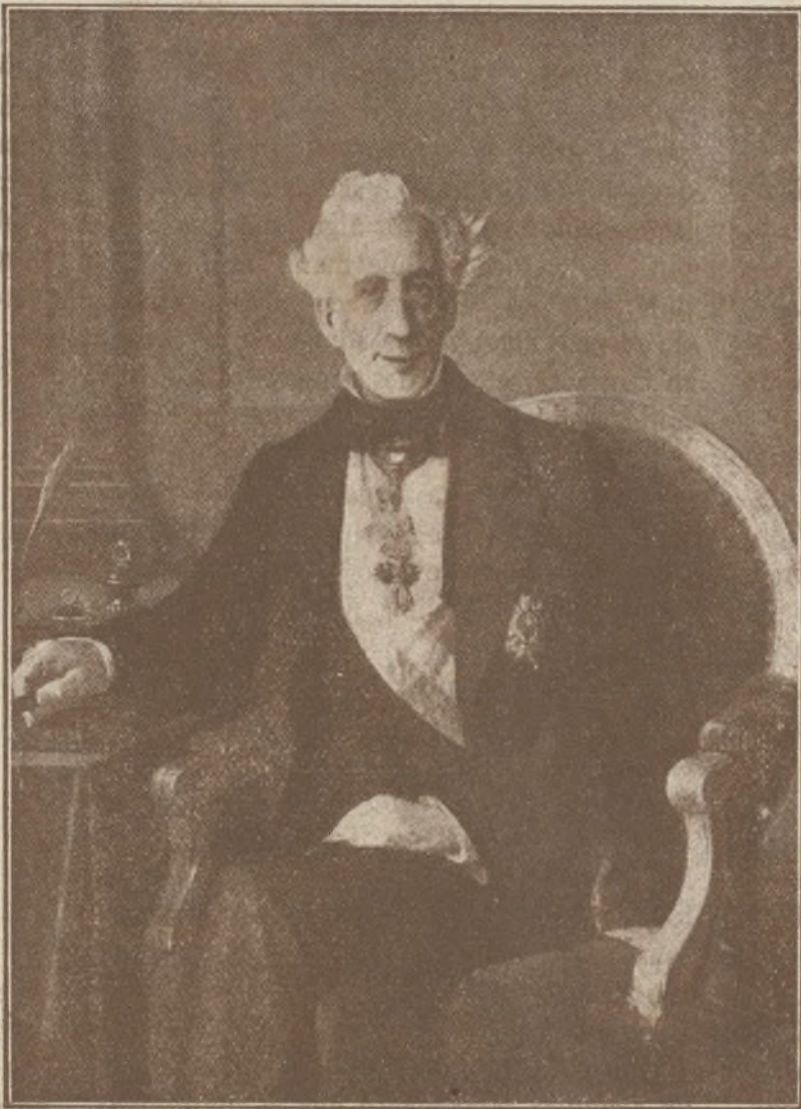
Art. 3.º Las ciento una canonjías que estaban agregadas a la Inquisición se aplican al mismo objeto, con sujeción a mi Real decreto de 9 de Marzo último, y por

el tiempo que expresan las bulas apostólicas sobre la materia.

Art. 4.º Los empleados de dicho Tribunal y sus dependencias que posean prebendas eclesiásticas u obtengan cargos civiles de cualquiera clase con sueldo, no tendrán derecho a percibir el que les correspondía sobre los fondos del mismo Tribunal cuando servían en él sus destinos.

Art. 5.º Todos los demás empleados, mientras no se les proporcione otra colocación, percibirán exactamente de la Caja de amortización el sueldo que les corresponda, según clasificación, que solicitarán ante la Junta creada al efecto.

Tendréislo entendido, y dispondeis lo necesario a su cumplimiento. — Está rubricado de la real mano. — San Ildefonso, 15 de Julio de 1834. — A. D. Nicolás María Garellly.



FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

El movimiento reformista en Valladolid.

LA Iglesia católico-romana recibió el mayor zarpazo que le propinaron los siglos de aquel glorioso movimiento del siglo XVI que se llama la Reforma; zarpazo que le produjo desgarrón tal que sus mismas entrañas fueron puestas al descubierto, evidenciándose entonces los vicios, concupiscencias y paganismo que la devoraban a la par que eran su sostén. Pero el tal zarpazo, por tener su impulso en el mismo Evangelio, no podía ser solamente destructivo, sino que en sí mismo era fecundo, dando lugar a la creación del Protestantismo, que significó un anhelo de retorno a las prístinas fuentes del Cristianismo.

A este movimiento no podía sustraerse España a pesar de estar todavía enloquecida y presa del orgullo de haber realizado la unidad nacional y el descubrimiento de América. La misma expansión de sus dominios favoreció la cosa al favorecer el contacto con flamencos y alemanes, sobre los cuales reinaba el que a la vez que rey de las Españas era emperador de los alemanes.

Y de España quien menos tenía que poder sustraerse era Valladolid, cuna de Felipe II y de hecho corte de los reinos. Esta ciudad, por tantos conceptos privilegiada, tuvo con la Reforma un privilegio más: que en sus muros subiera el primer protestante español a la hoguera allá por el año 1545 ó 1546 «con un valor comparable en grandeza solo con la crueldad de sus jueces», como dice Adolfo de Castro.

Fué éste el valeroso San Román, natural de Burgos como aquel otro su tocayo, traductor del Nuevo Testamento y las Vidas paralelas de Plutarco, Francisco de Encinas, con quien intimó en sus viajes comerciales a Flandes y Alemania, pues como su padre, alcalde de Briviesca, se dedicó al en aquellos días difícil y sobre todo arriesgado negocio del comercio.

En Amberes fué donde por primera vez se dió cuenta del movimiento que conmovía a Europa; allí se encontró con los sabios hermanos Encinas, que habían abrazado la bendita causa que él abrazara también con todo el entusiasmo de que era capaz su fogoso corazón, al escuchar en Brema el Evangelio de labios del pastor Spreng, como lo prueba el que pronto tratase de dar a conocer tan gratas nuevas a sus conciudadanos, y hasta al mismo Carlos V, a quien se atrevió a pedir la tolerancia religiosa para los Países Bajos y el cese de la Inquisición en sus crueldades, valiéndole ser preso y por fin entregado a la Inquisición de Valladolid, donde después de un largo proceso se hizo con él auto de fe, en el que el célebre arzobispo Carranza predicó el sermón de rúbrica. Quién sabe si allí recibió el ilustre primado de las Españas la primera impresión evangélica que más tarde había de llevarle a escribir aquel Catecismo que le había de costar ser víctima de la Inquisición, a la que con celo sirviera tanto en España como en Inglaterra en los días de María

la Sanguinaria! En Carranza se cumplió aquel dicho de Vallisoletí: «La primer víctima de ese reptil que se llama la Inquisición será el pecho que le preste su calor».

Desde la muerte del fiel San Román hasta bien entrado el año 1558 no se vuelve a oír de protestantismo en Valladolid. Diríase que aquí no rezaba aquel dicho: «la sangre de mártires es semilla de cristianos», sin embargo, no fué así. Por la confesión de una desgraciada mujer, que no tuvo escrúpulo en delatar a su propio marido, el pobre platero Juan García, lo que le fué espléndidamente premiado y hasta por ello se le levantó una estatua, se vino en conocimiento de que en el corazón mismo de la ciudad y en la casa de una de las más prestigiosas familias, la de D.^a Leonor de Vivero, se reunía una congregación formada en su mayor parte por personas de alta alcurnia, bien por su ascendencia bien por su saber.

Sabedores los alguaciles del Santo Oficio de que a la secreta reunión se tenía entrada mediante la consigna *Chinela-Cazalla*, una noche fueron sorprendidos los protestantes vallisoletanos *in fraganti delicto de lesa religión* al grito de «¡Alto a la Inquisición!», dado por D. Francisco Vaca, quien acto continuo, dando paso a los alguaciles que capitaneaba, les ordenó que maniatasen y condujeran a los calabozos de la Inquisición, sin respeto alguno para edad, sexo ni rango, en cuyas cárceles se les sometió a los más enloquecedores tormentos, con los que consiguieron la retracción de los más débiles; entre los cuales hay que contar al pobre Dr. Cazalla. Aunque el triunfo que los inquisidores se apuntaron no debió de ser tan grande como dijeron a juzgar por la pena que se le aplicó.

El descubrimiento de la congregación de Valladolid evidenció que el movimiento protestante en Castilla tenía muchas ramificaciones. Los presos representaban a Palencia, Pedrosa, Villamediana, Toro, Zamora, Lisboa, etc. El hecho de que antes del año se hiciese auto de fe cuando tantas eran las causas que habían de ser examinadas, hace pensar que alarmados los inquisidores, por la cantidad y calidad de los reos y la amplitud del movimiento quisieran pronto hacer un ejemplar escarmiento que le contuviese; y así el 21 de Mayo de 1559, Domingo de la Santísima Trinidad y día en que Felipe II cumplía 32 años, se celebró auto de fe con unas 30 personas y el cadáver y efigie de D.^a Leonor de Vivero, madre de los Cazalla, que yacía enterrada en el convento de San Benito el Real.

Del auto se hizo una gran propaganda, acudiendo tal número de personas que muchos no encontraron donde hospedarse. Los balcones y tejados de la gran Plaza Mayor, donde tuvo lugar el auto de fe, se alquilaron a precios fantásticos. Asistieron al mismo los príncipes D. Carlos y D.^a Juana, consejeros de Castilla, grandes del Reino y damas de la corte. Las cinco de la mañana serían

cuando entraron éstos. Poco después llegaban los reos custodiados por familiares del Santo Oficio y tropas de infantería. Fray Melchor Cano pronunció el sermón de la fe. Y, después de juramentados los príncipes, el Relator llamó a los reos para enterarles oficialmente de su causa y sentencia, con lo cual se llegó a la media tarde.

Entre los condenados a la hoguera nos encontramos con el Dr. Cazalla, predicador de Carlos V, su hermano Francisco, párroco de Hormigos, su hermana Beatriz, Alonso Pérez, sacerdote de Palencia; Antonio Herrezuelo, abogado de Toro, el cual, como viese a su esposa entre los reconciliados la reconvinó con severidad no exenta de dulzura. En total, unos 14, y más de otros tantos a penas durísimas diversas; entre ellos la hermana de los Cazalla, D.^a Constanza Vivero, la cual dejó trece hijos en la orfandad.

El atardecer de aquel día fué más obscuro que el del más crudo día de invierno. El humo de las hogueras inquisitoriales encendidas en el Campo Grande, cargado de olor de carne humana tostada, lanzado sobre la ciudad por la brisa del Pisuega, la cubrió de luto y terror. Sólo las hienas y los cuervos pudieron alegrarse.

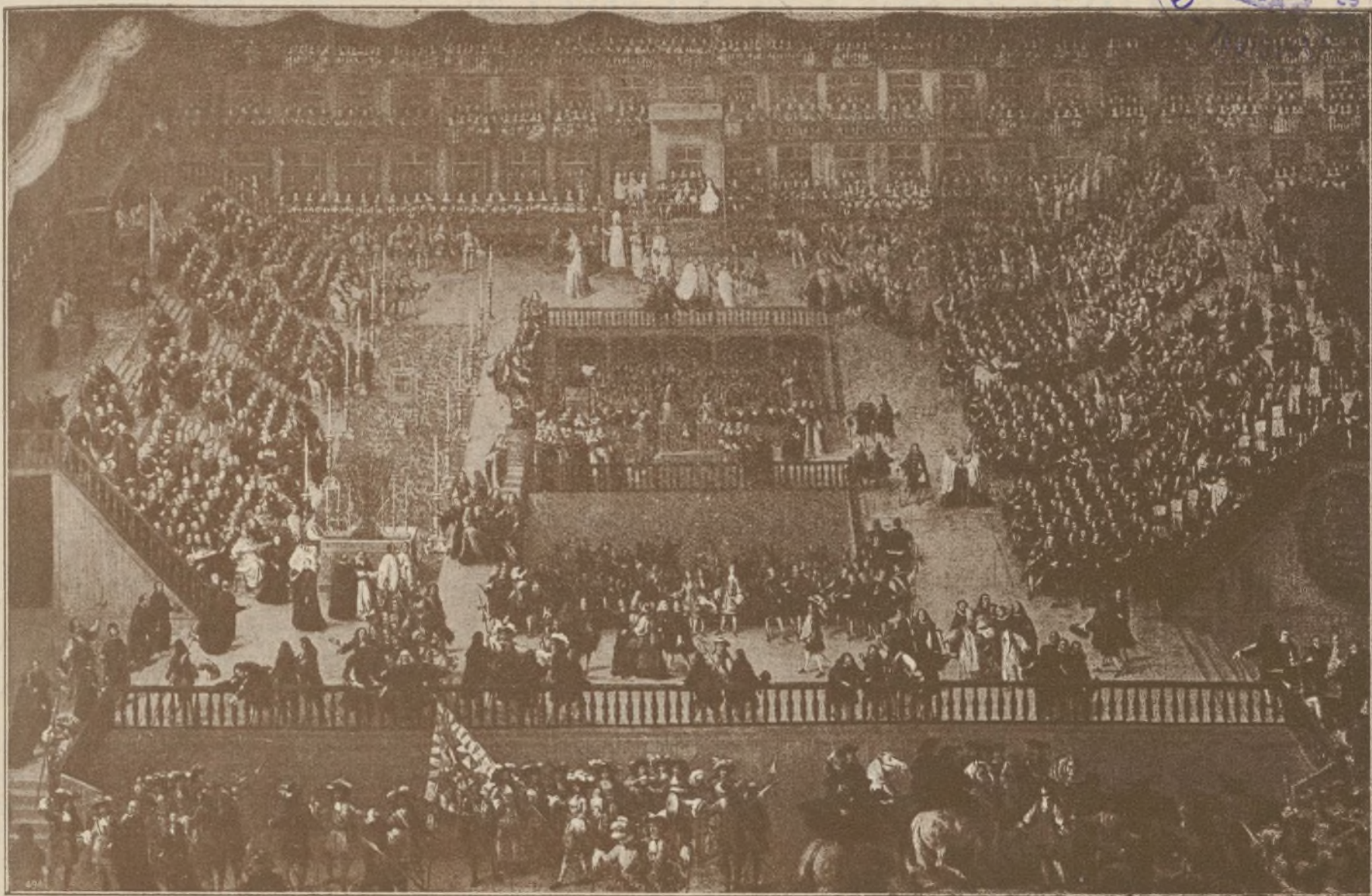
No satisfecha la Inquisición ni con profanar las tumbas, por su orden fueron derribadas las casas que pertenecieron a los Cazalla, donde se celebraban las reuniones, sembró de sal los solares y sobre ellos levantó un padrón de ignominia, con esta inscripción, que para los que seguimos las huellas de tan gloriosos antecesores es timbre de honor:

Presi
diendo la Ygle.^a
Roma.^a Paulo IV y Reinando en Esp.^a Pheip II
El Santo Oficio de la Ynquisicion condeno A derrocar e asolar estas Casas de Pedro de Cazalla y D.^a Leonor de Vivero su Muger porque los hereges Luteranos se juntaban a acer conciliabulos contra nra. St.^a fee cha.^a e ygl.^a Rom.^a Año de MDLIX en XXI de Mayo.

el cual fué derruido durante la invasión francesa y vuelto a reconstruir en los tiempos del felón Fernando VII. Como poco a poco fué siendo apropiado por las casas colindantes, en 1874, en que le vió nuestro gran Emilio Martínez, sólo existía una parcela de un metro cuadrado aproximadamente, sobre el cual, mano más piadosa, había trazado la siguiente inscripción, y en esta forma:

RECUERDO AL DOCTOR
CAZALLA

Tales casas estaban en los solares que ocupan hoy los números 19 y 21 de la calle que lleva el nombre del Dr. Cazalla.



Auto de Fe celebrado el día 30 de Junio de 1680 en la Plaza Mayor de Madrid, presidido por el rey Carlos II, siendo inquisidor general Fray Diego Sarmiento Valladares. Fueron condenadas a la hoguera más de veinte personas.

(Cuadro de Rizzi, en el Museo del Prado.)

Quizás para solaz de Felipe II, que por hallarse ausente no pudo asistir al auto de fe del 21 de Mayo, se dejaron reos suficientes para otro gran auto, que se celebró el día 8 de Octubre del mismo 1559. Sobre la Plaza Mayor se levantó un más fastuoso tablado. Entre otras personalidades asistieron el arzobispo de Sevilla, los obispos de Palencia y Zamora, el Conde de Benavente, el de Gandía, el gran prior de Castilla y León de la orden de San Juan de Jerusalem, embajadores, consejeros, príncipes, el Inquisidor general y el mismo Felipe II, al que tomaron juramento de defender la religión católica y castigar la herejía, lo que juró con la mayor sangre fría. El sermón de la fe estuvo a cargo del obispo de Cuenca.

En este auto perecieron D. Carlos de Seso, que fué como su discípulo Herrezuelo héroe de héroes, fray Domingo de Rojas, hijo del marqués de Poza, cuatro monjas, Juan Sánchez, criado del párroco Cazalla, el presbítero Domingo Sánchez y otros. Siendo reconciliados otros tantos como en el auto anterior, entre ellos la esposa del de Seso, la cual procedía de la casa real de Castilla y León.

Cuando D. Carlos de Seso pasó por delante de la tribuna real se encaró con el monarca diciéndole:

—¿Cómo un caballero como vos deja en manos de estos frailes a un caballero como yo?

A lo que el monstruo de occidente contestó:

—Yo mismo traería la leña para mi propio hijo si fuese tan perverso como vos.

Frase que trata de ser disculpada por uno de los apologistas de Felipe II recordando aquella otra de Francisco I de Francia: «Si mi brazo se gangrenase, yo me lo haría cortar, y si mis hijos se dejaban seducir por esas doctrinas detestables — aludía a las pro-

testantes —, yo sería el primero en denunciar». Argumento que sin querer recuerda el «más eres tú» de las comadres de barrio.

Conducidos a la hoguera sólo resta decir con Echegaray:

... Después, el pueblo que ruge,
un verdugo que da fuego,
un humo que deja ciego
y mucha leña que cruje...

Pasan años y volvemos a tener noticias por el historiador pontifical Illescas de que la que fué esposa de Herrezuelo muere al fin en la hoguera en auto de fe de 27 de Septiembre de 1568 con heroísmo insuperable a pesar de nueve largos años más de prisiones inquisitoriales.

¿Acabó con ella la historia de la Reforma en Valladolid? No. De las cenizas de estos mártires han surgido otros.

Hoy, en la bella ciudad del Pisuerga, hay dos congregaciones evangélicas, pese a los autos de fe y a la actuación del jesuitismo.

Es que como dijo Araujo: «Dura cosa te es dar coces contra el aguijón» — se dijo a Saulo cuando perseguía a la Iglesia. El aguijón permanece, pero los cascos de la bestia quedan destrozados. No fué posible sofocar un movimiento providencial y salvador». Pese a la crueldad y fanatismo de todos los Felipe II.

AUDELINO G. VILLA.

CULTO MEMORIAL

Iglesia Evangélica del Redentor.

BENEFICENCIA, 18.

El Domingo próximo, a las once de la mañana, culto en memoria de los mártires españoles del Cristianismo, especialmente los que fueron víctimas de la Inquisición.

TE DEUM.

El sabor de la religión nunca puede tomar el lugar de Cristo el Salvador.

Cristo fué hecho Hijo del Hombre para que nosotros podamos ser hechos hijos de Dios.

LA INQUISICIÓN EN SEVILLA

EN la margen derecha del Guadalquivir, en el populoso barrio de Triana, cual poderoso centinela, levantado un día para defender la ciudad de las acometidas de sus enemigos, erguía con orgullo un castillo imponente, rodeado de fortísimos y elevados torreones.

En la margen opuesta reposaba la ciudad de Sevilla «una de las más civiles, populosas, ricas, antiguas, fructíferas y de más suntuosos edificios que hoy día hay en España», según afirmó su preclaro hijo, Cipriano D. Valera. Al atravesar el río por el antiguo puente de barcas, que ponía en comunicación a Sevilla con su famoso barrio, lo primero que se hallaba era aquella imponente construcción, donde se había instalado el nuevo tribunal de la Santa Inquisición, que la bula de Sixto IV (1478) autorizaba a Fernando el Católico fundar en España para reprimir la herejía y acrecentar el papismo. Almas sencillas y devotas creyeron que sólo bienes podrían venirnos de aquella nueva institución. Como la Santa Hermandad había limpiado los caminos de maleantes, la Inquisición nos guardaría del error. Aquellos santos varones (los señores inquisidores) librarían de malezas a la viña del Señor, le podarían sus ramas inútiles para que las demás pudiesen «llevar más fruto».

El tribunal se instaló en Sevilla en 1480, y al año siguiente brindó a los sevillanos el espectáculo de su primer *auto de fe*.

Hablando del esplendor y poderío de España, en aquel tiempo, afirma D. Sebastián Cruellas, en su notable *Compendio de la Historia de España*, página 100: «Un punto negro adviértese en medio de tal grandeza, y es la Inquisición, cuyo poder, desarrollándose de día en día, arrastró a la nación en los reinados siguientes a su más triste decadencia». Una mente estrecha y ambiciosa, cruel y despótica como la de Fernando el Católico pudo calentar en su seno aquel peligroso reptil, lo amamantó el fanatismo ignorante y la cobardía, enseñándole todas sus malas artes los espíritus tenebrosos del infierno. Nuestra España fué perdiendo su robusta vida a medida que el monstruo se desarrollaba y afianzaba su poderío. Aquel espléndido carácter español, que pudo acometer las mayores empresas; su generosidad, nobleza y caballerosidad proverbiales, herencia digna de los que se afrontaban con sus monarcas, diciéndoles: «Serás rey, si ficiere derecho, et si non lo ficiere, non serás rey»; todo lo que constituía de más noble el alma de la patria fué paulatinamente suplantándose por la malignidad del más infame de los tribunales. Los mismos déspotas, que pensaron valerse de su infame hipocresía, para ejercer sin estorbos «sus plenos poderes» (como se dice ahora) hubieron de experimentar, en sus descendientes, los resultados enervantes de aquel sistema funestísimo. «Por sus frutos se conoce el árbol».

Si en todas partes causó estragos sin fin esa diabólica institución, en esta Sevilla de nuestros amores, sus iniquidades subieron de punto. Por fortuna para la verdad histórica, uno que pudo conocer sus secretos impíos, «y aun experimentarlos en su mayor parte», concretándose a la actuación de la Inquisición en Sevilla, como testigo presencial, nos ha dejado un libro lleno de emoción y verdad de aquella terrible tragedia, que sufrió nuestra ciudad.

Este libro lleva el expresivo título *Algunas Artes de la Santa Inquisición Española descubiertas, y al público manifestadas*. Con varios ejemplos, puestos por separado, además de aquellos que van diseminados, en convenientes lugares, por toda la obra. En los cuales ejemplos, pueden verse puestas en práctica las artes inquisitorias, como en cuadros pintadas. Y por vía de apéndice, se añaden elogios de algunos piadosos mártires de Cristo, que por sufrir la muerte en un suplicio, con cristiana constancia, por la confesión de su fe, se vieron infamados, y de perfidia y defección por los inquisidores, con sus malas arterias, acusados.

«La importancia peculiar de este volumen consiste (según afirma el culto y concienzudo D. Luis Usoz y Ríos), en ser el primero que en el siglo XVI publicó los ocultos procedimientos de la Inquisición de España, y con tal veracidad, que nadie hasta ahora le desmintió con fundamento; al paso, que los más acreditados escritores de todas clases, y los mismos documentos del Santo Oficio, por los amigos de la Inquisición publicados, corroboran y afirman dicha veracidad».

«Quien quisiere saber las astucias, engaños, estratagemas y crueldades de que los señores inquisidores, o por mejor decir, inquisidores de la fe, usan con las pobres ovejas de Jesu-Cristo, deputadas para el mata-

dero, o quemadero, lea el libro que se intitula *Inquisitio Hispánica*. (Este libro se ha trasladado en francés, inglés y flamenco). En este libro se pinta al vivo y se confirma con muchos notables ejemplos». (Valera, *Tratado del Papa*, página 198).

Escrito en latín, el idioma universal de los intelectuales de aquel siglo, reveló a Europa los secretos de la iniquidad inquisitoria y los frutos maduros del papismo. Hoy podemos estudiarlo en castellano merced al celo generoso del ilustre catedrático. Usoz y Ríos.

Los estrechos límites de este artículo no nos permiten entrar en los detalles interesantísimos del desarrollo de la obra evangélica en Sevilla, «la primera ciudad de España donde casi a las claras se predicó el Evangelio» en aquel siglo; ni podemos exponer cómo la inquisición acorraló y sacrificó sin piedad al indefenso rebaño del Señor. «La presa fué tan grande, que se hinchieron las cárceles, y aun algunas casas de particulares. Ochocientos fueron los que por la religión fueron entonces presos en Sevilla; cosa que asombró a los mismos inquisidores...» (Valera, *Del Papa*, página 249).

Por muchos años siguió ejerciendo «sus plenos poderes» la Inquisición, oculta hipócritamente con el manto de la religión. Las almas sencillas que le dieron, en su ignorancia, la bienvenida sólo podían, entonces, susurrar cobardes al oído del amigo:

«Con el rey y la inquisición: ¡Chitón!»

Hoy no quedan restos del famoso Castillo de Triana, donde instaló sus calabozos y tormentos aquel infame tribunal.

«Sus torres, que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron».

Sin embargo, los mismos apetitos inconfesables, cubiertos con el interés sacrosanto de la religión y de la patria, pretenden obtener los «plenos poderes» para esclavizarnos, una vez más. También ahora pretenden



El Castillo de la Inquisición de Triana y el puente de barcas sobre el Guadalquivir, por el que cruzaba la procesión de los mártires en los días de autos de fe.

(De una lámina antigua.)

ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

15 de Julio de 1934: primer centenario de la abolición de la Inquisición.

SESIÓN CONMEMORATIVA

que tendrá lugar el Domingo, 15 de Julio, a las nueve y media de la noche, en el Paraninfo del Colegio EL PORVENIR, calle de Bravo Murillo, 69.

Presidencia: el presidente de la Alianza

Oradores: D. Jorge Fliedner, D. Fernando Cabrera, D. Ernesto Araujo, D. Zacarías Carles, D. Arturo Chappell y D. Enrique Lindegaard.

En este acto tomará parte el Coro Evangélico de Madrid.

arreglar los asuntos de la patria por alguna bula o burla que nos venga de Roma. Dios tenga misericordia de España para que no prosperen sus planes diabólicos. Que nuestro pueblo aprenda a conocer al Dios verdadero y se torne decidido al Único que puede salvarla, nuestro Señor Jesu-Cristo. Entonces será imposible que sufra nuevos engaños, antes erguida con varonil resolución, pedirá cuenta estrecha a los causantes de su ruina, diciendo con Núñez de Arce: «Roma, Roma, ¿qué has hecho de mi Dios?»

PATRICIO GÓMEZ.

Glorias de la Iglesia de Roma.

TORQUEMADA:

Quemó 8.800 españoles vivos y 6.500 en efígie, y penintenció a 90.004.

DEZA:

Quemó vivos 1.664; en efígie, 832, y penintenció a 32.456.

CISNEROS:

Quemó vivos 2.536; en efígie, 1.368, y penintenció a 47.263.

ADRIANO FLORENCIA:

Quemó vivos 1.344; en efígie, 672, y penintenció a 26.214.

ALFONSO MANRIQUE:

Quemó vivos 2.250; en efígie, 1.125, y penintenció a 11.250.

YABERA:

Quemó vivos 840; en efígie, 420, y penintenció a 4.200.

LOAISA:

Quemó vivos 120; en efígie, 60, y penintenció a 600.

VALDÉS:

Quemó vivos 2.400; en efígie, 1.200, y penintenció a 12.000.

A estos hay que añadir otros inquisidores, que desde 1481 hasta 1808, ayudaron a aquéllos en tan humanitaria y civilizadora tarea (?), quemando entre todos 31.912 españoles vivos; 17.659 en efígie, y penintenció a 291.450.

La última víctima de la Inquisición.

EL MAESTRO RIPOLL

El 31 de Julio de 1826 fué ajusticiado en la plaza del Mercado de Valencia, Cayetano Ripoll, el maestro de Ruzafa, última víctima de la Inquisición.

A las generaciones actuales les será difícil comprender cómo pudieran suceder hechos de tal naturaleza en un tiempo tan próximo al nuestro. Y sin embargo, hace poco más de cien años que se ejecutó a un hombre ahorcándolo, por el solo delito de ser liberal, tolerante, y estar apartado de unas prácticas religiosas que repugnaban a su conciencia.

¿Quién era Ripoll? Su vida hasta el año de 1824 en que aparece como maestro en la huerta valenciana, es algo obscura. Mientras unos afirman que nació en Solsona, otros vinculan su figura a la de Antonio Ripoll, nacido en la huerta de Valencia, de una familia conocida por la del «Payés», y explican el cambio de nombre por circunstancias de su vida azarosa que le indujeron a ocultar su personalidad.

Fué estudiante de Teología, tomó parte activa en las luchas contra la invasión francesa, presenció la entrada en Valencia de Fernando VII el Deseado.

Apartado luego de las luchas, hízose maestro, dedicando su vida a la educación de los pequeños huertanos.

Con la ayuda de los vecinos de la huerta, construyen en un campo suyo una barraca de dos pisos, que destina a escuela. La «escoleta» que así la llamaban, estaba situada en el camino de Pinedo, entre el mar y la huerta.

Ripoll se entrega con alma y vida a su tarea educativa. Querido y respetado por todos, se extiende por la huerta su fama de buen «enseñador».

Carácter retraído y reservado, gusta dar largos paseos, siempre solo, por la senda de Pinedo a la Loseta, abstraído en sus meditaciones.

De regreso, se detiene en alguna de las

barracas o alquerías, conversando con los sencillos huertanos en plácidas tertulias, y gustando, más que de exponer sus conocimientos, de inducir a los demás a pensar y a exponer los suyos.

Mas su vida, sencilla y retraída, y su labor pedagógica tan distinta de las normas rutinarias de entonces habían de llamar forzosamente la atención.

Se inquirió en su vida. No concurría a ninguna ceremonia religiosa. Cuando pasaba el Viático ante la escuela, Ripoll se abstenía de salir a prestarle acatamiento, aunque exigía a los niños que salieran. Trocó el *Ave María Purísima* con que los niños saludaban al entrar en la escuela por este otro saludo: *Alabado sea Dios*. Instruía a los niños en «una moral sana y una sincera enseñanza del Decálogo, que suponía para él lo más importante de la educación que a los niños era debida», palabras suyas en una carta rebatiendo insidias, y que luego constituyó prueba acusatoria.

Todo esto fué suficiente. Denunciado ante la Junta de la Fe, cierto día, en Octubre de 1824 fué arrestado, conducido a prisión e incomunicado, y embargados sus bienes.

Se le instruye proceso, y sin más prueba que la declaración de un Teólogo que lo examine e informe, se le declara «hereje formal y contumaz», siendo relegado a la justicia ordinaria. Pasado el asunto al Tribunal de Grados de Sevilla, la Sala del Crimen falla condenándolo a pena de horca, y confiscación, con destino a fines del culto divino, de todos sus bienes, pudiendo figurar la quema que al delito correspondía. Y el 31 de Julio de 1826, en la Plaza del Mercado de Valencia y en la hora de mayor concurrencia se cumple la bochornosa sentencia, siendo luego su cuerpo arrojado al río.

Así perdió la vida la última víctima de la Inquisición española.

Fué Ripoll un hombre creyente y un espíritu profundamente religioso.

En su labor pedagógica el Decálogo era su base fundamental para la enseñanza de la moral a los niños; en sus paseos y meditaciones, su alma se extasiaba ante la obra

del Creador; y en su vida toda, procuraba asimilarse la regla de oro del Evangelio: «Amaos los unos a los otros».

Su compasión por los desgraciados le llevó durante su estancia en la cárcel a desprenderse de sus ropas, conservando solo lo indispensable, y repartiendo el resto entre sus «hermanos» (así los llamaba) de cárcel. Llegó hasta quedar descalzo, a pretexto de que así convenía a su salud, para proveer de zapatos a un pobre anciano que carecía de ellos.

Al esposarle, como el verdugo le apretara fuertemente, se lamentó diciendo: «Por tu Dios y por el mío, ¡no tan fuerte, hermano!»

Y ya en el patíbulo, como el ejecutor le prohibiera hablar, dijo: «No temas que solivante a nadie. Muero reconciliado con Dios y con los hombres».

Sus últimas palabras, ya con el lazo al cuello, fueron estas. «Comprender es perdonar».

José VIDAL.

¿Un monumento en Madrid a las víctimas de la Inquisición.

Según tenemos entendido, se proyecta por diferentes elementos de las izquierdas españolas, a los cuales gustosamente nos sumamos, la idea de emprender una campaña de suscripciones y donativos para conseguir levantar en Madrid, y si es posible en la Plaza de la Constitución, un monumento a las víctimas de la Inquisición. Desde luego nuestras columnas están abiertas de par en par para este asunto, y si se lleva adelante, no faltará seguramente la ayuda modesta, pero entusiasta y generosa de los protestantes españoles. Estamos seguros que ningún protestante español faltará a la lista de suscripciones. En nuestro próximo número daremos cuantos detalles conozcamos acerca de esto.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1934

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BENEFICENCIA, 18. • MADRID (4)

Teléfono 33590.

El anónimo

Si hubiera que reformar los códigos y las leyes que castigan los delitos de los hombres, habría que incluir como delito, el peor de todos, el anónimo.

Bajo la máscara infame de una firma, es decir, de un supuesto pseudónimo, como ser «un amigo», «un defensor», o «uno que bien conoce», o muchas veces, sin eso siquiera, se lanzan las más infamantes calumnias, las más criminales venganzas, y también se formulan las acusaciones más bajas que existir puedan, cuando no se propende a destruir, sembrando la duda, toda una vida de felicidad, de alegría y de completa armonía.

Para hacer la apología y la síntesis perfecta de lo que el tal papelucho significa — pues no de otro modo puede llamarse — no basta el mediano conocimiento que de él se tiene, sino que habría que estudiar los grandes males que él puede causar; unas veces males palpables, y otras, males profundos en las almas y los corazones nobles que sufren a causa de viles y falsas acusaciones.

Podemos sentir por una persona, grande y profundo afecto, pero si llega hasta nosotros la noticia de que esa persona ha escrito un anónimo, despreciémosla, sintamos desde ese momento gran compasión por ella; ha caído más bajo que un criminal. Este último podrá ser juzgado, responderá de sus actos ante los tribunales, y se le juzgará si es o no responsable; pero el que ha escrito un anónimo, no sólo es criminal, es un cobarde, porque ha levantado falsos cargos, ha destruido felicidades, ha sembrado la duda, pero no quiere dar cuenta de sus actos; precisamente porque sabe que lo que hace y dice no es verdad. Es, pues, el peor componente de la sociedad.

Y al hablar así del anónimo, lo hacemos porque sabemos perfectamente que rara es la vez que se utiliza para fines que benefician a nadie. Y cuando por desgracia uno de esos despreciables billetes llega a nuestras manos, ¿qué sería de nosotros si la Fe que nos alienta en el bien nos faltase? Un gran odio, una gran desesperación se apoderaría de nosotros. Pero nunca desesperemos por no saber el nombre del que así nos hiere; hay una justicia superior a la nuestra que se encargará de liquidar las deudas que cada cual tenga. Sólo digamos en ese caso, una sola palabra: «Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen».

«Pierre Devoluy.»

Con motivo del fallecimiento del coronel del ejército francés Groslong, conocido con el seudónimo de Pierre Devoluy, ilustre escritor protestante, poeta felibre (poeta provenzal), escritor regionalista, que ha publicado varios hermosos libros dedicados a los célebres camisardos franceses, perseguidos a muerte por la reacción clerical, bajo el reinado de Luis XIV en los montes de las Cevennes, se ha celebrado en Chatillon-en-Diois, su pueblo natal, una gran manifestación con motivo de haber inaugurado una magnífica placa en la fachada de la casa

donde nació. Tomaron parte en la fiesta conmemorativa el diputado por el distrito, el presidente de la Asociación de los poetas de Provenza, el general Teissier, el poeta Andrés Dumas, el presidente de la Academia Mediterránea, etc., etc. En el cortejo figuraban los pitos y tamboriles de la región y una masa coral ejecutó antiguas canciones locales.

Varios oradores hicieron resaltar las creencias protestantes del notable escritor.

Los evangélicos quisieron tomar su parte en honor de su ilustre correligionario celebrando una gran asamblea en plena campaña, precisamente en el mismo sitio donde los protestantes perseguidos celebraban sus cultos clandestinos hace dos siglos. El conocido pastor de Nîmes, Mr. Lauriol, afirmó en su discurso que «los protestantes tienen que desempeñar un papel importante en el porvenir de la nación francesa». En el cementerio, al lado de la tumba del ilustre escritor, varios pastores hablaron sobre la fidelidad al Evangelio. Por la noche tuvo lugar un festival artístico bajo la batuta del organista y director del coro de la Catedral protestante de Ginebra, en la que se cantaron antiguas melodías (el cántico de Zwinglio) himnos antiguos de Navidad y los Salmos 25, 68, 118 y 138 con las antiguas melodías, arreglados por el difunto Pierre Devoluy.

ANÉCDOTA

En una ocasión los Directores del Crystal Palace, de Londres, le pidieron al Sr. Spurgeon que probara las propiedades acústicas del grande edificio. Spurgeon fué una mañana temprano con dos o tres amigos, que se estacionaron en diferentes partes del edificio, para decir si su voz podía oírse desde allí. Spurgeon se irguió, y con voz clara y penetrante empezó a decir: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Pasaron algunos años, y un día un hermano de Spurgeon fué a Croydon a ver a un hombre moribundo que le dijo: «Soy un pintor de profesión, y era un hombre sin religión y sin Dios, hasta que una mañana temprano, cuando estaba pintando el techo del Crystal Palace, creyendo que no había nadie allí, me sorprendió grandemente el sonido de una voz que decía: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Las palabras penetraron en mi corazón con tal poder de convicción que me hicieron pensar, y buscar a Jesucristo el Salvador, en quien he creído, y a quien he tratado de servir desde aquel día. Después me enteré que fué la voz de su hermano la que oí aquella mañana. Dígaselo de mi parte».

El próximo número de
ESPAÑA EVANGÉLICA
se publicará, Dios mediante, el
jueves día 26 de Julio.



REVELACIÓN

CON MOTIVO DE UN CENTENARIO

Un llamamiento a los no convencidos.

Sermón de Spurgeon.



«Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo de maldición. Porque escrito está; maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el Libro de la Ley, para hacerlas». (Gálatas, III, 10.)

Mi querido oyente, ¿eres tú un creyente, o no? Porque, según tu contestación a esta pregunta, así será el estilo en que yo deba hablarte. Yo quisiera pedirte como un gran favor a tu alma, que te despojes del pensamiento de que estás sentado en una Iglesia, y oyendo a un ministro que habla a una numerosa concurrencia. Piensa más bien que estás sentado en tu casa, y que yo estoy a tu lado, con mi mano entre las tuyas, y que hablo personalmente contigo, y a ti solo; porque así es como yo deseo predicar esta noche a cada uno de mis oyentes, uno por uno. Así que, yo deseo que tú, en la presencia de Dios, me contestes esta importante y solemnísima pregunta antes de que empiece: ¿Estás tú en Cristo, o no lo estás? Es decir, ¿crees tú en todo lo que Jesucristo es y ha hecho? ¿Has ido tú a refugiarte en Él, que es la única esperanza para los pecadores? ¿O eres ya un extranjero a los pactos de las promesas de Dios, ignorante del Dios eterno y de su santo Evangelio? Ven; sé sincero contigo mismo, y deja que tu conciencia diga sí, o no, porque una de estas dos cosas eres tú esta noche: o estás bajo la ira de Dios, o estás libre de ella. Eres esta noche un heredero de la justa ira de Dios, o un heredero del reino de su gracia. ¿Cuál de los dos? Contesta directamente a tu alma, y si tienes alguna duda cualquiera acerca de esto, yo te suplico que no descanses hasta que tu duda se disipe. No te aproveches de esa duda, sino más bien desengaña te de ella. Si dependes de ella, es más probable que te equivoques que que tengas razón; y ahora ponte en la balanza y si no se inclina completamente el brazo de la balanza, sino que permanece entre los dos, de manera que pudieras decir, «no sé cuál de los dos», mejor es que te decidas por lo peor, aunque esto te entristezca, que decidirte por lo mejor y salir engañado, y así seguir tu camino presuntuosamente hasta que el abismo del infierno te despierte de tu engaño. Entonces, ¿puedes tú, con una mano puesta sobre la san-

ta Palabra de Dios, y la otra sobre tu corazón, elevar tus ojos al cielo y decir, «una cosa sé», que habiendo sido ciego, ahora veo; sé que he pasado de muerte a vida; no soy ahora lo que una vez fui; el primero de los pecadores, pero Jesús murió por mí, y estoy convencido que esta noche soy un pecador salvado por la sangre de Jesús, un monumento de su gracia? Entonces, mi hermano, que la bendición del Altísimo sea contigo. Mi texto no tiene terror para ti, en lugar de él mira el versículo 13, y allí leerás tu herencia: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; porque está escrito; maldito cualquiera que es colgado en madero». De manera que Cristo fué maldito en lugar tuyo, y tú estás seguro, si estás realmente convertido, y eres en verdad un hijo de Dios regenerado.

Pero, mis oyentes, estoy solemnemente convencido de que la mayoría de esta asamblea no se atrevería a decir esto, y esta noche tú (porque te hablo a ti personalmente) acuérdate que eres uno de aquellos que no puedes decir esto, porque eres un extranjero de la gracia de Dios. Tú no puedes permanecer engañado delante de Dios y de tu propia conciencia, así que con sinceridad debes decir: «sé que nunca he sido regenerado, ahora soy lo que siempre he sido, y eso es todo lo que puedo decir». Entonces contigo es con quien yo quiero hablar, y yo te mando por Aquél que juzgará a los vivos y a los muertos, delante del cual tú y yo tendremos que aparecer en breve; oye las palabras que te digo, porque puede ser que sea el último aviso que oirás, y yo también mando a mi alma que sea fiel a estos hombres moribundos, para que al final de la carrera no se encuentre en mi ropa sangre de las almas, y sea yo reprobado. ¡Oh, Dios, haz que todos seamos fieles esta noche y danos oídos atentos, y memoria retentiva, y conciencia tocada por tu espíritu por amor de Jesús!

En esta noche, primero *juzgaremos al prisionero*; segundo, *declararemos su sentencia*, y tercero, si le encontramos penitente que se confiesa, *proclamaremos su libertad*; pero no será hasta encontrarle así.

I

Pasemos, pues, a juzgar al prisionero.

El texto dice: «Maldito todo aquél que no permaneciere en todas las cosas que están

escritas en el libro de la ley, para hacerlas». Hombre que no has sido regenerado, ¿eres culpable, o no lo eres? ¿Has permanecido «en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas»? Yo pienso que tú no te atreverías a decir «no soy culpable». Pero quiero suponer por un momento que eres bastante atrevido para hacerlo. Así que, amigo mío, me afirmas que has permanecido «en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley». Seguramente si leyeras la ley te convencerías de que estás en un error. ¿Sabes lo que es la ley? Voy a decirte lo que podríamos llamar lo de fuera de la ley; pero acuérdate que dentro de ella hay un espíritu más amplio que las meras palabras. Oye, pues, estas palabras de la ley: «No tendrás dioses ajenos delante de mí». ¡Qué! ¿Jamás has amado alguna cosa más que a Dios? ¿Nunca has hecho de tu estómago un dios, o de tu profesión, o de tu familia, o de tu persona? Seguramente tú no puedes decir que no eres culpable en esto. «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra». ¡Qué! ¿Nunca en tu vida has puesto alguna cosa en el lugar de Dios? Yo sé, que si tu conciencia dijera la verdad, diría: «hombre, tú has sido un adorador de Mammon, un adorador de tu vientre, te has inclinado al oro y la plata, te has postrado delante del honor, has hecho reverencia a los placeres, has hecho un dios de tus borracheras, un dios de tus concupiscencias, un dios de tus inmundicias, un dios de tus placeres». ¿Te atreverías a decir que nunca has tomado el nombre del Señor tu Dios en vano? Aunque nunca hayas jurado profanamente, con seguridad en la conversación has usado algunas veces el nombre de Dios cuando no debías de haberlo hecho. Dí, ¿has santificado siempre ese santísimo nombre? ¿Nunca has llamado a Dios sin necesidad alguna? Y su Palabra, ¿jamás la has leído con un espíritu trivial? ¿Nunca has escuchado su santo Evangelio sin reverenciarlo? Seguramente tú eres culpable aquí. Y tocante al cuarto mandamiento que dice «acordarte has del día del reposo, para santificarlo», ¿nunca lo has quebrantado? ¡Oh, cierra tu boca y declárate culpable, porque estos cuatro primeros mandamientos serían suficiente para condenarte: «Honra a tu padre y a tu madre». ¡Qué!, ¿me dirás que has cumplido éste? ¿Nunca has desobedecido en tu juventud? ¿Nunca has dado coces contra el amor de tu madre, o luchado contra las reprensiones de tu padre? Vuelve las páginas de tu historia hasta que llegues a tu niñez; a ver si no lo encuentras escrito allí; sí, y aun en tu virilidad también podrías confesar que no siempre has hablado a tus padres con el respeto y consideración que debías, o no les has tratado con el honor que merecen y que Dios te ha mandado que les des. «No matarás», podrás no haber matado a nadie, pero ¿nunca te has enojado? Porque cualquiera que aborrece a su hermano es homicida; ya tú eres culpable aquí. «No cometerás adulterio». Puede ser que has cometido cosas inmundas, y estás ahora mismo

manchado de concupiscencia; pero si nunca has sido tan casto, estoy seguro que no eres tan inocente, cuando Jesucristo dice, «Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón». ¿Ningún pensamiento de lascivia ha cruzado por tu mente? ¿Ninguna impureza se ha agitado en tu imaginación? Seguramente si te atrevieras a decir que no, serías el mayor insolente. «No hurtarás», ¿no has robado nunca?, estás aquí esta noche con el producto de tus robos, sí has robado; pero si nunca has sido tan sincero para admitirlo, seguramente ha habido ocasiones en que te has sentido inclinado a defraudar a tu vecino, y ha habido un pequeño, o tal vez un gran fraude que has cometido callada y secretamente, en el cual la ley de la nación no ha podido culparte, pero que sin embargo era una ofensa a la ley. Y ¿quién se atreve a decir que no ha *hablado contra su prójimo falso testimonio*? ¿Nunca hemos repetido alguna historia para descrédito de nuestro prójimo que no era verdadera? ¿Jamás hemos interpretado mal sus motivos? ¿Nunca nos hemos engañado en el verdadero sentido de sus designios? Y, por último, ¿quién entre nosotros se atrevería a decir que es inocente del último mandamiento: «No codiciarás». Porque todos nosotros hemos deseado tener más de lo que Dios nos ha dado; y a veces nuestros corazones errantes han codiciado las cosas que Dios no nos ha dado.

Sostener que no eres culpable es defender tu propia culpa; porque, amigo mío, de cierto que la misma lectura de la ley es suficiente, cuando es bendecida por el Espíritu, para hacernos exclamar, ¡«Culpable, Señor, soy culpable»!

Pero puede ser que alguno diga, «Yo no me confieso culpable, porque aunque sé que no he permanecido en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, sin embargo, he hecho lo mejor que he podido». Esto es una mentira; delante de Dios es una falsedad. No has hecho lo mejor que has podido. En muchas ocasiones podrías haber obrado mejor. ¿Me dirá aquel joven que él está haciendo lo mejor que puede *ahora*? ¿Que él no puede contener la risa en la casa de Dios? Es posible que sea difícil que él lo haga, pero también es posible que él pueda refrenarse, si quisiera, de insultar a su Creador en su misma cara. Seguramente ninguno de nosotros hemos obrado de la mejor manera posible. En cada período, cada vez, ha habido oportunidades de escapar a la tentación. Si no hubiéramos tenido libertad para escapar del pecado, podría haber alguna excusa; pero ha habido puntos de partida en nuestra historia cuando hemos podido muy bien decidirnos por el bien o el mal, pero hemos escogido el mal, nos hemos apartado del bien, y hemos seguido ese camino que conduce al infierno.

Cualquier otro de mis oyentes puede decir «Ah, pero yo declaro, que aunque he quebrantado la ley, sin duda, no he sido peor que mis semejantes». Este es un triste argumento. ¿De qué te vale a ti eso? Ser condenado entre la multitud no es más confortable que ser condenado solo. Es ver-

dad, que no has sido peor que tu prójimo, pero esto te servirá de poco. Cuando los malignos sean echados al infierno, te será de muy poco consuelo que Dios diga «apártate de mí, maldito» a miles junto contigo. Acuérdate de que la maldición de Dios, cuando arrastre a toda una nación en el infierno, será tan sentida por cada individuo de la multitud como si no hubiera más que aquel hombre castigado. Dios no es como nuestros jueces terrenales. Si nuestras cárceles estuviesen repletas de presos, podría pasar ligeramente algunos casos; pero no es así con Jehová. Él es tan infinito en su mente, que la abundancia de culpables no será ninguna dificultad para Él. Él obrará contigo con tanta justicia y severidad como si no hubiera otro pecador en todo el mundo. Y además, ¿qué tienes tú que ver con los pecados de los otros hombres? Tú no eres responsable por ellos. Dios hizo que tú cayeras o permanecieras por ti mismo. Según tus obras, así serás juzgado. El pecado de la ramera podrá ser peor que el tuyo, pero tú no serás condenado por sus pecados. La culpa del homicida puede exceder mucho más allá de tus transgresiones, pero tú no serás condenado por el homicida. La religión es una cosa entre Dios y tu propia alma, ¡oh, hombre!, y por lo tanto, yo te suplico no mires a tu prójimo, sino a tu propio corazón.

Es posible que otro diga, «Ah, pero yo he tratado siempre de guardar la ley y creo que lo he hecho muchas veces». Oye otra vez la sentencia «Maldito todo aquel que no *permaneciere* en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas». Oh, amigos, no es la obediencia de algunos momentos lo que Dios aceptará en el día del juicio. Él ha dicho «permaneciere», y a menos que desde mi niñez hasta el día en que mis cabellos blancos desciendan al sepulcro yo haya continuado siendo obediente a Dios, yo seré condenado. Si yo no he servido a Dios obedientemente desde el amanecer de mi razón, cuando primeramente fui responsable de mis acciones, hasta que como una espiga de trigo sea recogido en el granero de mi Señor, la salvación por las obras me es completamente imposible, y tengo que ser condenado. No es, repito, una obediencia parcial la que salvará al alma. Tú no has *permanecido* «en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas», y por lo tanto, estás condenado sin remedio.

Otro dirá, «pero aunque hay muchas cosas que yo no he hecho, todavía soy muy virtuoso». Una pobre excusa es esta también. Supongamos que has sido virtuoso; supongamos que has evitado muchos vicios; lee mi texto. No es lo que yo digo, sino lo que dice Dios: «*Todas las cosas*». No dice «*algunas cosas*». «Maldito es todo aquél que no *permaneciere* en *todas las cosas* que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas». Ahora, ¿has cumplido todas las virtudes? ¿Has evitado todos los vicios? ¿Te yergues y sostienes que nunca has sido borracho u homicida? Sin embargo, serás condenado si has sido fornicador. ¿Replicas, «yo nunca fui in-mundo»? Sí, pero tú has tomado el nombre

de Dios en vano, ¿no es verdad?. De un lado o de otro la ley de Dios puede herirte. Es cierto (deja que tu conciencia hable y afirme lo que ahora digo), es cierto, repito, que tú no has permanecido «en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley». Aun más, yo no creo que ni siquiera tú has permanecido por completo en un solo mandamiento de Dios, porque el mandamiento es excesivamente amplio. No es la acción manifiesta, meramente, la que condena al hombre; es el pensamiento, la imaginación, la concepción del pecado, lo que es suficiente para arruinar a un alma. Queridos oyentes, lo que yo estoy diciendo es la Palabra de Dios y no una severa doctrina mía. Aunque nunca hubiéreis cometido un solo acto de pecado, el pensamiento de él sería suficiente para arrastrar vuestra alma al infierno para siempre. Si hubiéreis nacido en una celda, y nunca hubiéreis salido a formar parte del mundo para cometer actos de lascivia, asesinato o robo, sin embargo el pensamiento de estas cosas en aquella celda solitaria sería lo suficiente para arrojar tu alma para siempre de la presencia de Dios. ¡Oh!, no hay ningún hombre aquí que pueda escapar. Tenemos todos nosotros que inclinar nuestras cabezas delante de Dios y confesar: «Culpables, Señor, culpables; cada uno de nosotros es culpable». «Maldito todo aquel que no *permaneciere* en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas». Cuando yo te miro, ¡oh ley!, mi espíritu se estremece. Cuando oigo tus truenos, mi corazón se deshace como cera en el medio de mis entrañas. ¿Cómo puedo yo sufrirte? Si yo voy a ser juzgado al fin por mi vida, seguramente no necesitaré de juez, porque yo seré mi propio acusador, y mi conciencia será un testigo a condenar.

Me parece que no es necesario que me extienda más en este punto. Oh, tú que estás fuera de Cristo, y sin Dios, ¿no estás ya condenado delante de Él? Quitarte la careta y deja todas las excusas; deje cada uno de nosotros que sus vanas pretensiones se las lleve el viento. A menos que tengamos la sangre y la justicia de Jesucristo que nos cubra, tendremos que confesar que esta sentencia nos cierra las puertas del cielo y solamente nos prepara para las llamas de perdición.

II

He bosquejado el carácter del hombre, y se ha encontrado culpable; ahora he de declarar la sentencia.

A los ministros del Señor no les gusta este trabajo. Yo preferiría mejor predicar veinte sermones sobre el amor de Jesús, que uno como éste. Raras veces trato este tema, porque no sé si es siempre necesario; pero yo creo que si estas cosas se escondieran por completo, y la ley no fuera predicada, el Maestro no poseería el Evangelio; porque Él quiere que las dos se prediquen en su medida, y cada una ha de tener su propia prominencia. Por lo tanto, ahora oídme mientras tristemente os digo cuál es la sentencia pronunciada sobre todos vosotros los que estáis en esta noche fuera de Cristo.

Pecador, tú eres maldito en esta noche. *Tú eres maldito*, no por algún hechicero cuyas imaginarias fantasías pueden asustar solamente a los ignorantes. Tú eres maldito, no por algún monarca terrenal que dirige sus tropas contra ti, y podría devorar tu hacienda y patrimonio en un momento. ¡Maldito! ¡Oh, que cosa más terrible es una maldición! ¡Qué horrible es la maldición de un padre! Hemos sabido de padres, que enloquecidos por la pésima conducta de sus hijos, han levantado sus manos al cielo y han implorado una maldición mortal sobre sus hijos. No podemos excusar la locura de tal padre, ni su acción violenta. De ninguna manera le eximimos de pecado; pero la maldición de un padre ha de ser cosa horrible. No puedo ni siquiera pensar lo que sería ser maldito por aquél que me engendró. Seguramente esto apagaría la luz de mi historia para siempre, si fuera merecida. Pero ser maldito por Dios, no tengo palabras para decir lo que sería esto. Podéis decir: «eso es una cosa del futuro; no nos importa la maldición de Dios, no cae sobre nosotros ahora». ¡Oh, alma!, no te engañes, porque cae sobre ti en este momento. La ira de Dios está sobre ti *ahora*. Tú no has comprendido todavía la plenitud de esta maldición, pero tú estás maldito ahora mismo. No estás todavía en el infierno; ni tampoco te ha cerrado todavía Dios su compasión, y te ha echado para siempre de su presencia; pero a pesar de todo esto, tú eres maldito. Lee el paisaje en el libro del Deuteronomio, y verás cómo la maldición es una cosa presente sobre el pecador.

En el capítulo veintiocho de Deuteronomio, en el versículo 16, leemos esto como la sentencia de cada pecador: «Maldito serás tú en la ciudad», donde tienes tu negocio Dios te maldecirá. «Y maldito en el campo», donde tienes tu recreo, donde paseas, la maldición te alcanzará. «Maldito tu canastillo, y tus sobras. Maldito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir». Hay algunos hombres sobre los cuales esta maldición es muy visible. Todo lo que hacen o emprenden es maldito. Se enriquecen, pero está la maldición de Dios en sus riquezas. Yo no quisiera las riquezas de algunos hombres por todas las estrellas, aunque fueran de oro; y si yo pudiese tener todas las riquezas del mundo, si tengo que tener con ellas el credo del hombre vil, preferiría permanecer pobre que tenerlas. Hay otros hombres que son visiblemente malditos. ¿No véis al borracho? Es maldito donde quiera que va. Cuando llega a su casa sus mismos hijos huyen de él, porque tienen miedo de ver a su padre; y después, cuando sus hijos crecen, empiezan a beber lo mismo que su padre, y le imitarán en todo; ellos también empezarán a jurar y maldecir, de manera que el borracho es maldito en el fruto de su vientre. Él pensó que no era tan malo para él emborracharse, pero ¡qué dolor atraviesa la conciencia del padre, si es que la tiene, cuando ve a sus hijos que siguen sus pisadas! La borrachera trae tal maldición sobre un hom-

bre que no puede disfrutar de lo que come. Él es maldito en su canastillo, maldito en su tienda. Y realmente, aun cuando un vicio parezca que trae más maldición que otros, todo pecado trae maldición, aunque no la podamos ver siempre. ¡Oh!, tú que estás lejos de Dios, y de Cristo, que eres un extraño a Jesucristo, tú eres maldito donde estás sentado, maldito donde te paras; maldita la cama en que te acuestas, maldito el pan que comes, maldito el aire que respiras. Todo te es maldito. Donde quiera que vayas, tú eres un hombre maldito. ¡Oh!, este es un pensamiento espantoso. Hay algunos de vosotros que estáis malditos esta noche. ¡Oh, que un hombre tenga que decir tal cosa de su prójimo!, pero debemos decirlo aunque sea duro, de lo contrario, seríamos infieles a vuestra pobre alma moribunda. ¡Ojalá que algún alma en este lugar dijera, «Entonces yo soy maldito esta noche; maldito de Dios y maldito de sus santos ángeles — maldito, maldito, maldito —, porque estoy bajo la condenación de la ley». Yo creo que con la bendición de Dios el Espíritu, no hace falta otra cosa para herir nuestra indiferencia que esta palabra: «¡Maldito!» «Maldito todo aquél que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas».

Pero ahora, querido oyente, tú que estás en este estado, impenitente e incrédulo, tengo que decirte algo más antes de terminar. Acuérdate que la maldición que puedan tener los hombres en esta tierra no se puede remotamente comparar con la maldición que vendrá sobre ellos en el más allá. Dentro de pocos años, tú y yo moriremos. Ven, amigo, te hablaré a ti personalmente otra vez: óyeme, joven, muy pronto seremos viejos, o tal vez, moriremos antes de envejecer. Imagínemonos acostados en nuestra cama, la última cama en que habremos de dormir, y despertándonos de nuestro último sueño para oír las tristes nuevas que no hay esperanza; el médico nos toma el pulso y asegura a nuestros familiares que pronto se acabará todo. Allí estaremos en aquel cuarto tranquilo, donde no se oye más que el tic tac del reloj y los sollozos comprimidos de nuestra esposa e hijos; y no hay remedio, nuestra hora se acerca, tenemos que morir. ¡Oh, qué solemne ha de ser esa última hora cuando luchemos contra nuestro gran enemigo, la muerte! El estertor de la muerte ya está en nuestra garganta; tratamos de hablar, pero no podemos articular; nuestra vista se nubla, la muerte ha puesto sus dedos en esas ventanas del cuerpo, y cerrado la luz para siempre; ya hace rato que nuestras manos se resisten a levantarse, y ya estamos, muy cerca, al mismo borde de la tumba. ¡Ah, ese momento, en que el espíritu ve su destino eterno, ese momento de todos los momentos el más solemne, cuando el alma mira por las barras de su celda al mundo de más allá! No, yo no puedo decir cómo ese espíritu se sentirá; si es un espíritu impío, cuando vea un trono de justicia, y oiga los truenos de la ira del Todopoderoso, cuando haya sólo un segundo entre ella y el infierno...! ¡Yo no puedo pintaros cuál será el terror que senti-

rán los hombres cuando se den cuenta de lo que tantas veces habían oído! ¡Oh, no tiene importancia que algunos de vosotros os riáis de mí esta noche! Cuando salgáis de aquí podréis hacer algún chiste acerca de lo que el predicador ha dicho; charlar el uno con el otro y divertirlos a costa de lo que os estoy diciendo. Pero cuando estéis postrados en vuestro lecho de muerte, os aseguro que no os reiréis. Ahora se baja el telón y no podéis ver las cosas del futuro, es muy bueno divertirse y estar alegre. Cuando Dios mismo levante ese telón, y vosotros tengáis que aprender la solemne realidad, encontraréis que vuestro corazón rehusará burlarse. El rey Achab, en su trono se rió de Micheas. Pero no leeréis que Achab se rió de Micheas cuando el arco le hirió por entre las junturas de su armadura. En los tiempos de Noé, se rieron del pobre hombre, no dudo que le juzgarían loco, porque él les decía que Dios iba a destruir la tierra por un diluvio. Pero, ¡ah!, burladores, no os reísteis en aquel día cuando las cataratas caían del cielo, y cuando Dios abrió las puertas de las profundidades y mandó que todas las aguas escondidas saliesen a la superficie; entonces supieron ellos que Noé tenía razón, pero demasiado tarde. Y cuando vosotros estéis muriendo, tal vez no os reiréis de mí. Entonces alguno dirá, «Me acuerdo de aquella noche cuando curioseaba por Park Street; oí a un hombre hablar muy solemnemente; pensé en aquel entonces que no me gustaba lo que decía, pero también me dí cuenta que era sincero, estoy seguro que él quería mi bien. ¡Oh, si yo hubiera obedecido su consejo! ¡Si yo hubiera oído sus palabras! ¿Qué no daría yo por oírle otra vez?» No hace mucho tiempo que un hombre que se había burlado de mí muchas veces llegó a su casa un Domingo, después de haber estado todo el día de excursión, para morir. Al día siguiente, por la mañana, cuando estaba moribundo, ¿a quién creéis que este hombre quiso ver? ¡A Spurgeon!, el mismo hombre de quien tantas veces se había reído; quería que viniese Spurgeon a decirle el camino del cielo, a señalarle al Salvador. Y aunque yo me alegré de ir a verle, fué un trabajo penoso hablar a un pecador empedernido, a un siervo de Satanás, en los momentos de la muerte. Y así murió, sin una Biblia en su casa, sin que nadie orase por él, sólo tuvo aquella oración que yo ofrecí por él a su cabecera. ¡Ah!, es extraño cómo la vista de un lecho de muerte puede ser una bendición para estimular nuestro celo. Hace cosa de un año estuve a la cabecera de un pobre joven de dieciséis años de edad, que había estado bebiendo hasta enfermarse hacía cosa de una semana, y cuando yo le hablé del pecado y la justicia, y del juicio venidero, él tembló y yo pensé que al fin había entendido y aceptado a Jesucristo. Cuando yo salí de aquella casa, después de haber orado con el moribundo y haberle señalado a Cristo como su Salvador, y teniendo, después de todo, sólo una ligera esperanza de su definitiva salvación, yo me dije a mí mismo. ¡Oh, Dios, yo quisiera predicar cada momento las ines-

crutables riquezas de Jesucristo; porque, qué cosa más terrible es morir sin conocer al Salvador! Y entonces yo pensé cuántas veces había predicado sin la gravedad y sinceridad debidas. Cuán fríamente había dicho la historia del Salvador, cuando debía de haber llorado a mares de abrumadora emoción. Muchas veces me he acostado y he llorado amargamente porque mi predicación no ha sido lo que yo hubiera deseado, y tal vez sea así esta noche. Pero, ¡oh, la ira venidera, la ira venidera, la ira venidera!

Mis oyentes, los asuntos que trato ahora no son sueños, ni fraudes, ni fantasías, ni tampoco antiguas historias de brujerías. Lo que digo son grandes realidades y pronto las sabréis. ¡Pecador, tú que no has permanecido en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, tú que no tienes a Jesucristo, el día viene cuando estas cosas estarán delante de ti, como terribles, solemnes realidades! Y entonces, ¡oh, entonces! ¿qué harás tú? «Y después de la muerte el Juicio». ¡Oh, puedes imaginarte! Ahí está Él; el trono está sobre una nube que es blanca como el alabastro. Ahí está sentado, es Él, el hombre que murió en el Calvario, veo sus manos horadadas pero, ¡qué cambiado!, no lleva ahora corona de espinas. Él estuvo delante del tribunal de Pilato, pero ahora el mundo entero ha de pararse ante su tribunal. Pero, ¡escucha, la trompeta suena otra vez; el juez abre el libro, hay silencio en los cielos, un silencio solemne: el universo entero calla!

¡Escuchad! Las arpas del cielo tocan dulces melodías; pero para ti ellas no traen gozo, aunque los ángeles repiten la bienvenida del Salvador a sus santos. Y entonces... no, no seguiré, no hablaré de las llamas inextinguibles, ni de las miserias y sufrimientos de vuestros cuerpos, tampoco de las infinitas torturas del espíritu. ¡Ah, el infierno es terrible, la condenación es dolorosa! ¡Escapa! ¡Escapa! Porque quizá, permaneciendo donde ahora estás, tendrías que aprender lo que significan los horrores de la eternidad, y el golfo de la perdición perpetua... «Maldito todo aquél que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas.»

III

Por allí uno exclama: «usted nos ha condenado a todos». Sí, pero no yo, sino Dios. ¿Estás tú condenado? ¿Sientes que lo estás? Ven otra vez, déjame llevarte de la mano, hermano, sí, al mirar a toda esta gran multitud, yo puedo decir sinceramente que no hay ni uno en esta congregación esta noche que yo no ame como a un hermano. Si os hablo tan severamente, es para que sepáis lo que Dios ha dicho. Mi corazón y todo mi ser está grandemente conmovido por todos vosotros. Mis palabras más duras están más llenas de amor que las suaves palabras de algunos ministros que dicen «paz, paz», donde no puede haber paz. ¿Creéis vosotros que es algún placer hablar de esta manera? ¡Oh, con cuanto mayor gusto es-

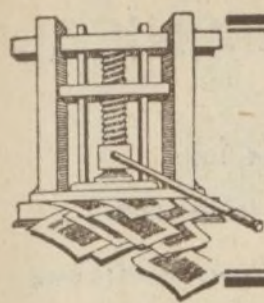
taría yo predicando esta noche de Jesús, de su dulce y gloriosa persona! Ahora ven, oírás algunas palabras de consuelo antes de concluir. ¿De verdad que te sientes condenado? Puedes tú decir, «¡Oh, Dios, confieso que tú eres justo, y que merezco que me mandes al infierno!» ¿Estás seguro que nunca puedes salvarte por tus propias obras, sino que estás completamente condenado por causa de tu pecado? ¿Aborreces ahora el pecado? ¿Te arrepientes sinceramente? Entonces voy a decirte cómo puedes escapar.

Varones y hermanos, Jesucristo, de la simiente de David, fué crucificado, muerto y sepultado; Él se levantó de los muertos, y ahora está sentado a la diestra de Dios, desde donde intercede por nosotros. Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, por medio de su muerte en la cruz. Él vió que los pobres pecadores estaban bajo maldición: y por su gran amor tomó sobre sí mismo nuestra maldición y así nos libró de ella. Ahora, si Dios hizo a Cristo maldición por algún hombre, Él no maldecirá a ese hombre otra vez. Me preguntaréis, ¿fué Cristo echo maldición por mí? Contéstame esta pregunta y te diré, ¿te ha enseñado el Espíritu que tu estás bajo maldición? ¿Te ha hecho sentir la amargura del pecado? ¿Te ha hecho gemir, «Señor, ten misericordia de mí, pecador?» Entonces, mi querido amigo, Cristo fué hecho maldición por ti, y ahora tú no eres maldito. Ten buen ánimo; si Cristo fué hecho maldición por ti, tú no puedes ser maldito otra vez. Habrá alguno que diga «¡Oh, si yo pudiera pensar que es verdad que Él fué hecho maldición por mí!» Pero, ¿no le ves herido en la cruz? ¿No ves sus manos y pies ensangrentados? ¿No ves su costado traspasado por ti? Mírale, pobre pecador. No te mires más a ti, ni a tu pecado, mírale a Él, y sé salvo. Todo lo que Él te pide es que le mires, y aun esto Él te ayudará a hacerlo. Ven a Él, confía en Él, cree en Él. Dios, el Santo Espíritu, te ha enseñado que eres un pecador condenado. Ahora, te suplico, que oigas esta palabra y la creas: «Palabra fiel y digna de ser recibida de todos; que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». ¡Oh!, dirás: «Creo esta palabra, es verdad, bendito sea Su nombre; es cierto lo que dice, porque cualquier cosa que yo sea, una cosa sé, que soy un pecador; el sermón de esta noche me convence de esto, aunque no fuera de nada más; y buen Dios, tu sabes que cuando yo digo que soy un pecador, no quiero decir lo que yo antes decía con esa palabra; ahora quiero decir que soy un gran pecador, quiero decir que si tú me condenaras, eso merezco. Si tú me echaras de tu presencia para siempre, soy digno de ello. ¡Oh, Dios mío!, soy pecador; un pecador sin esperanza, a menos que tú me salves; soy un desvalido pecador si tú no me libras. No tengo esperanza en mi justicia; y Señor, bendigo tu santo nombre. Hay otra cosa, soy un pecador arrepentido, porque el pecado me entristece; no puedo descansar, estoy turbado. ¡Oh, si pudiera quitar de mí el pecado!, entonces sería santo, como Dios es santo. ¡Señor yo creo!» Pero oigo a uno que protesta dicién-

do: «¿Qué dice usted, que crea que Cristo murió por mí solo porque soy un pecador?» Sí, eso mismo. «No, señor; supóngase que yo tengo un poco de justicia, que puedo orar bien, ¿no debo pensar entonces que Cristo murió también por mí?» No, eso no sería fe, sino confianza en sí mismo. La fe cree en Cristo cuando ve la negrura del pecado, y confía en Él para que lo quite. Ahora, pobre pecador, con todo tu pecado sobre ti, toma esta promesa en tus manos, vete a casa esta noche, o si puedes, hazlo antes de llegar a tu casa, enciértrate en tu cuarto solo, y allí postrado ante Dios, ábrele tu corazón así: «Oh, Dios, es verdad lo que ese hombre ha dicho esta noche, yo soy un hombre condenado, y Señor, lo merezco. Oh Dios, he tratado de ser mejor, y no he adelantado nada, sino que cada vez he sido peor. He mirado tu gracia con liviandad, he menospreciado tu Evangelio; me maravillo de que no me hayas mandado al infierno hace tiempo; me sorprende de que hayas soportado que un malvado como yo viva. He menospreciado las enseñanzas de mi madre, y olvidado las oraciones de mi padre. Y Señor, me he olvidado de Ti, he quebrantado tus mandamientos; y si tú me condenas, ¿qué puedo yo decir? Señor, me callo ante tu presencia, no puedo negar la acusación. Pero Señor, vengo a decirte esta noche, que Tú has dicho en tu palabra, «el que a Mí viene no le echo fuera». Señor, yo vengo a ti, mi única súplica es que tú has dicho: «Palabra fiel y digna de ser recibida de todos; que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Señor, yo soy un pecador, Cristo vino a salvarme; yo lo creo, Señor, esta es mi única esperanza; echo afuera cualquiera otra y me aborrezco de pensar que en otro tiempo he tenido otra esperanza; yo descansé en Jesucristo solamente. Sálvame, Señor, y aunque no puedo esperar por mi vida futura borrar mis pecados pasados, oh Señor, yo te pido que me des un corazón nuevo, y un espíritu recto; que desde ahora en adelante y para siempre yo ande en el camino de tus mandamientos; porque, lo más que deseo es ser tu hijo. Yo lo daría todo con tal de que me amaras; y estoy animado al pensar que Tú me amas, porque lo has dicho en tu palabra. Soy culpable, pero nunca lo hubiera sabido, si Tú no me lo hubieras enseñado. Soy un hombre vil, pero tampoco hubiera conocido lo horrible de mi vileza si Tú no me la hubieras revelado. Seguramente Tú no me destruirías, oh, Dios mío, después que me has enseñado esto. Si Tú lo haces, Tú eres justo, pero, ¡oh Dios!, ¡salva a un pecador arrepentido!»

Si no podéis decir una oración tan larga, decid solamente esto: «Señor Jesús, sé que soy pecador, pero Tú moriste en la cruz para salvarme».

¡Oh! yo confío en Dios que habrá algún alma aquí esta noche que pueda orar así, y si así es, ¡tocad, campanas del Cielo! ¡Cantad, serafines! ¡Aclamad con voz de júbilo, redimidos del Señor! Porque el Señor lo ha hecho, y gloria sea a su santo nombre, desde ahora y para siempre.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Seminario Evangélico Unido.

Curso 1933-34.

El viernes, día 29 de Junio, se celebró la sesión de clausura del curso 1933-34 en el Seminario Evangélico Unido. Dió principio con la lectura, por D. Fernando Cabrera, de los versículos 15 al 26 del capítulo II de la 2.^a Epístola a Timoteo. Una oración fué elevada a continuación por el Secretario. El discurso de clausura lo pronunció el Director, D. Jorge Fliedner. Después se leyeron las calificaciones obtenidas por los alumnos, y terminó el sencillo acto con la bendición apostólica.

Durante el curso que ha finalizado, la asistencia a las clases ha sido menor que en años anteriores. Se explica esta disminución, teniendo en cuenta que en los dos últimos cursos finalizaron sus estudios teológicos cinco alumnos, no habiendo sido nunca superior a siete el número de estudiantes.

Consignamos con satisfacción que son muy alentadoras las noticias que recibimos de la actuación de los ex alumnos de nuestro Seminario que al presente están trabajando en la Obra del Señor. Son los siguientes: don Antonio Pinto Ribeiro (Junior), ayudante en Oporto del Rev. F. W. Flower; D. Daniel Mir, que ha ejercido el ministerio pastoral cerca de dos años en Córdoba y ahora pastorea la Iglesia de Rubí (Cataluña); don Alfredo Capó, pastor de la Iglesia de Palma de Mallorca, y D. Ramón Ruiz, pastor de la Iglesia de Jerez.

En el presente curso han asistido a las clases los siguientes alumnos: D. Luis Ballesteros, D. Juan J. Gutiérrez, D. Antonio García (pastor al presente de la Iglesia de Córdoba) y D. Luis Sanz.

Se han cursado las siguientes asignaturas: Historia Eclesiástica, Conocimiento de la Biblia y Teología Pastoral (Profesor, D. Jorge Fliedner); Dogmática (Profesor, D. Fernando Cabrera); Griego, Hebreo, Exégesis del Antiguo y del Nuevo Testamento (Profesor, D. Elías Araujo).

Hacemos constar nuestra gratitud a Miss Alice H. Bushée y al Dr. Bain, por las im-

IGLESIA DEL SALVADOR

Noviciado, núm. 5. — Madrid.

Cultos durante el verano:

Domingos, a las once de la mañana.
Jueves a las ocho y media de la noche.

portantes obras que han donado a la Biblioteca del Seminario.

A partir del mes de Octubre del año pasado editamos una revista trimestral dirigida por D. Jorge Fliedner, como suplemento a ESPAÑA EVANGÉLICA y titulada *Seminario*.

Confiamos en que con la ayuda del Comité Internacional podremos lograr que algunos jóvenes de provincias, que sienten la vocación al pastado, realicen sus deseos de cursar en el Seminario Evangélico Unido los estudios teológicos.

El nuevo curso comenzará (D. V.) el día 2 del próximo Octubre. Se recomienda a los jóvenes que deseen ingresar dirijan sus solicitudes con la mayor anticipación durante el verano al Secretario, D. Elías Araujo, cuya dirección hasta fines de Septiembre es Los Rubios. Estación de Chilches (Málaga). — E. A.

Campaña Evangélica en Levante.

Hemos tenido la oportunidad de leer el informe, llamémosle así, de la campaña de evangelización que se proyecta realizar por la región levantina, bajo la dirección de D. Francisco Govan, con centro en Benidorm, provincia de Alicante. El objeto de esta campaña es preparar debidamente, por medio de cursillos de un par de meses, jóvenes para que vayan de dos en dos a recorrer los pueblos de la región anunciando el mensaje del Evangelio. La campaña y la labor que se realice no tendrá ningún color denominacional, absteniéndose de todo lo que suponga diferencias entre unos y otros evangélicos, por ejemplo, no se hablará para nada ni de bautismo de párvulos ni bautismo de adultos, ni de episcopado ni de presbiterado, etc. La obra no será pastoral, sino puramente evangelística. A todos los obreros que trabajen en esta labor se les concederá un día de descanso a la semana, y si hay posibilidades para ello, un mes al año. La obra que se proponen realizar tampoco es sectaria ni eclesiástica; sin embargo, donde se pueda prestar ayuda a alguna Iglesia ya constituida, se hará gustosamente.

El informe en cuestión termina con estos párrafos:

«Ofrecemos mucha oración, mucho gozo, mucho trabajo, muchas dificultades, mucha persecución, mucha incomodidad y poco dinero.

»Si hay jóvenes que aman más a su Señor que a ellos mismos, que están de acuerdo con Pablo en Filipenses III, 8 y 2.^a Cor. XII, vers. 10 y con Santiago en su Epístola I, 2; en fin, que no piensen de esta vida sino que quieran perder su vida para ganarla, Mateo XVI, 25, si quieren unirse a la lucha con

nosotros, pueden pedir más informes a don José Beltrán, en la dirección al principio expuesta.

Dios nos ha prometido doce jóvenes para el curso que empezará al fin de Septiembre, pero aun no sabemos qué jóvenes serán.

Tenemos dos casas alquiladas y tenemos otra en proyecto.

También pensamos preparar señoritas y mandarlas de dos en dos a los pueblos; hay mucha obra que las mujeres pueden hacer mejor que los hombres; el primer mensaje del Evangelio, después de la Resurrección, fué una mujer: María.

Tenemos que aprovechar todos los medios para salvar almas.

Posiblemente el centro y colegio para las jóvenes será en Murcia, bajo la dirección de una señorita.

Nos interesan solamente los jóvenes de ambos sexos que sientan el llamamiento del Espíritu Santo; sin su poder no podemos hacer nada de valor.

Que Dios bendiga la Obra en España y que crezca».

Para todo lo referente a esta obra pueden dirigirse los que deseen informes o quieran ayudar con sus donativos, a D. Francisco Govan, Marqués de Comillas, 72, Benidorm, Alicante.

Por nuestra parte, deseamos que el Señor bendiga y fructifique esta labor abundantemente.

IN MEMORIAM

VICTORIANO DE CASTRO

Con verdadero sentimiento, aunque éramos muy niños cuando él estuvo en Madrid, hemos leído en *El Herald Evangélico*, de Santiago de Chile la triste noticia de haber fallecido el 21 del pasado Mayo el Rdo. Victoriano de Castro. Del artículo necrológico que ese periódico publica, debido a la fértil pluma de nuestro amigo el señor Mac Lean, son los siguientes párrafos:

«Nació en la ciudad de Zamora, España, el 23 de Marzo de 1856. A la edad de doce años fué cautivado por la predicación de Jesucristo el Salvador y su corazón se abrió de par en par al Redentor de su alma. Con la lealtad, que era una de sus más hermosas prendas naturales, el adolescente encomendó su carrera al Hijo de Dios. Por su inteligencia e inclinación al estudio llamó la atención de sus mayores, y muy pronto todo el mundo reconoció en él la vocación pedagógica. Pero tuvo que luchar denodadamente contra los obstáculos a su carrera. Mientras pertenecía a una congregación bautista, empezaba a vender Biblias y libros evangélicos.

cos viajando por los caminos entre Zamora y Valladolid. Las peripecias del colportaje sirvieron para confirmar su propósito, y luego se trasladó a Madrid con el objeto de prepararse como educador evangélico. Tuvo que trabajar para sostenerse; consiguió el privilegio de asistir como oyente en la Escuela Normal de la capital. Subsanaos todos los inconvenientes por su temple heroico, al fin recibió el anhelado diploma firmado por S. M. el Rey Alfonso XII. Empezó su enseñanza en la escuela luterana que los hermanos Flíedner han dirigido con notable éxito por dos generaciones. El año 1888 fué contratado por la Escuela Popular de Valparaíso. Atravesando la Cordillera a lomo de mula, llegó al puerto a tiempo para contagiarse con el celo apostólico del Dr. David Trumbull y recibir la antorcha de sus manos.

Cumplió diez años fructíferos como Director de la Escuela Popular. Su reputación como perito en cursos comerciales se extendió a Santiago y le colocó en el Instituto Inglés en el año 1899. Convirtió su cátedra en un verdadero trono, preparando cabalmente a centenares de jóvenes que actualmente dirigen el comercio del país. Entró al Instituto Superior de Comercio cuando fué organizado y desarrolló sus aptitudes en ese plantel con tanto acierto que el Consejo de Instrucción le otorgó el título de «Profesor de Estado».

Su aporte fuera de las aulas aun superaba su enseñanza diaria. Publicó su *Aritmética Comercial* y una obra maestra sobre la contabilidad, además de sus tablas de cambio, libros autoritativos de suma utilidad a la industria y la banca.

Para hacer sus cálculos y corroborar los resultados, tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo y empezar el día de trabajo a las cuatro de la mañana. Su carrera profesional fué caracterizada por una laboriosidad inusitada. Desplegaba la concentración de un Napoleón juntamente con la devoción de un Venerable Beda. Después de su jubilación en el año 1926, aunque abandonó sus clases por la sordera (su única debilidad física) sin embargo continuaba sus faenas como siempre. Su conexión con *El Heraldó Evangélico* duró treinta años y nadie más que él amaba nuestra revista.

El Presbiterio de Chile, en reconocimiento de sus relevantes dotes, le enroló entre sus presbíteros ordenados. Desde el año 1918 actuó como pastor de la Iglesia «Unión Cristiana», cuyos miembros le honran como a su padre en el Señor. El Supremo Gobierno, por decreto especial, le concedió carta de ciudadanía chilena.

Coronado de lauros bien ganados, amado por cuantos le conocieron, distinguido como obrero incansable y llorado por todos sus amigos íntimos, D. Victoriano demostró al mundo la medida colmada de una vida divinamente inspirada y dirigida.

A Dios, infinitas gracias por el trasunto de Jesucristo que nosotros pudimos ver en nuestro querido hermano.

Hay que haber un cielo tal como Jesús lo describió, y tal como Jesús volvió a ocu-

par para que los cristianos como D. Victoriano tengan un hogar perpetuo en que hubiera pleno despliegue de las virtudes que han florecido del Espíritu de Cristo en ellos.

A su esposa, sus hijos y nietos formulamos nuestra sentida condolencia y reiteramos nuestra común fe, encomendándoles al Padre de las consolaciones eternas».

Nosotros también sentimos la partida del fiel siervo del Señor, que aunque ciudadano de Chile, era como nosotros ciudadanos de una patria mejor, a la cual él nos ha precedido.

Francisco López Martínez.

A la edad de 69 años, ha partido para estar con Cristo este veterano colportor y siervo de Cristo. Por muchos años trabajó bajo los auspicios de la Casa Bíblica de los Angeles (Estados Unidos), y luego pasó a la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, cuya Agencia tenía en gran aprecio su celo, su paciencia y su gran tacto para tratar con toda clase de personas. Hace como unos dos años, a causa de mala salud, se había retirado del servicio, dejando tras sí un buen ejemplo para sus compañeros y mucha labor hecha para difundir las Sagradas Escrituras.

Era este hermano muy sensible a las necesidades y estado espiritual de este pobre mundo, por lo mismo que él se gozaba en la salvación y la paz que el Evangelio había traído a su alma. De carácter eminentemente pacífico, siempre tenía la palabra que atraía y suavizaba los ánimos, palabra que adquiría tonos solemnes y serios si el caso lo demandaba. Siempre procuraba ensalzar a su Señor y ofrecerlo como Salvador a las pobres almas.

El día 24 de Junio, a las tres de la tarde, rodeado de toda su familia, y revelando gran paz y confianza en el Señor entró en su descanso. Los que le visitaron en su enfermedad, pudieron notar su gran conformidad con la voluntad de Dios. Una lesión en un pie, complicada con la diabetes que padecía, produjo una gangrena que la ciencia no pudo atajar. Pero con todo y sus sufrimientos, él dijo con toda seguridad, hablando a los suyos, que «Dios era un amparo para los viejos y para los jóvenes también». Y asentía a uno de sus deudos que le preguntó si no era el vivir del cristiano Cristo mismo, y el morir ganancia. Con una sonrisa en su rostro dejó este mundo de dolor.

El sepelio se verificó el día siguiente, y en la casa habló a los que se reunieron uno de sus hijos políticos, D. Pedro Martínez, y luego en el cementerio el anciano D. Pedro Román y el misionero D. Reinaldo Barnes.

Un obrero valeroso y fiel de la Sociedad Bíblica ha entrado en su descanso, y como dice el misionero aludido, «la Iglesia de Águilas ha perdido uno de sus más valerosos ancianos».

Dios suscite otros como él y consuele a la familia e Iglesia afligidas.

NOTAS BREVES

Iglesia de San Jaime, Valencia. — El día 25 del pasado Junio, en culto extraordinario, solemnizaron su matrimonio, celebrado en el mismo día, en el Juzgado correspondiente, el ex sacerdote católico romano don Federico Gómez y D.^a Vicenta Mora, maestra nacional. Prosperidades y bendiciones deseamos a los recién casados.

Iglesia Evangélica Española, Sevilla. — El 27 del pasado Mayo recibieron cristiana sepultura los restos mortales de D.^a Carmen Lobato Gallardo, que falleció el día anterior a los sesenta y siete años de edad. Muchos amigos de la familia tuvieron oportunidad de escuchar en la casa y en el cementerio el mensaje del Evangelio. Reiteramos nuestra condolencia a sus hijos, deseándoles los consuelos del Señor.

Iglesia Española Reformada, Sabadell. — El 16 del pasado dejó este mundo D. Francisco Morera Martell, a los sesenta y siete años de edad. A su esposa, hijos y nieta enviamos nuestro sentido pésame.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 29 de Julio.

Miqueas anuncia la verdad.

1 Reyes, XXII, 1-14.

TEXTO ÁUREO: Lo que Jehová me hablare, eso diré. — 1 Reyes, XXII, 14.

TÍTULO: Un hombre que no temió decir la verdad.

1) PROPÓSITO: Demostrar que Dios está siempre al lado de la verdad.

2) INTRODUCCIÓN: Háblese brevemente del carácter de Josafat, Achab y Jezabel. Cítense la idolatría y la codicia de Achab y de su mujer, etc.

3) LA LECCIÓN: Achab pertenecía a la clase de personas que les agrada mucho que las adulen. Relátese cómo inquirió de los profetas si iba a la guerra. Ellos le dijeron que fuera y prosperaría, porque sabían que esto le agradaba; pero estaban seguros de que estaban mintiendo diciendo que así lo decía el Señor. Fué llamado otro profeta, Miqueas, a quien el rey aborrecía, porque le decía la verdad y esto le molestaba. Dígase cuán valientemente Miqueas habló la verdad, aunque esto le granjeó la prisión y una miserable ración de pan y agua. Relátese la historia de cómo su profecía se cumplió. Para los niños es muy difícil decir la verdad si han roto los cristales de una ventana, o han desobedecido a sus padres; pero siempre es malo decir mentiras.

4) ILUSTRACIÓN. — *Un predicador fiel.* — Cierta día el obispo Latimer predicó un sermón que desagradó al rey Enrique VIII de Inglaterra, el cual le mandó predicar el Domingo siguiente y pedir perdón de su ofensa. Después de leer el texto, el ministro empezó su sermón como sigue: «Hugo Latimer, ¿sabes tú ante quién has de hablar hoy? Ante el monarca ilustre y poderoso, su majestad excelentísima, el cual podrá quitar tu vida si tú le ofendes; por lo tanto ten cuidado de no hablar palabra que le desagrade; pero por otra parte reflexiona bien, Hugo, ¿no sabes de dónde viene, y cuyo es el mensaje que llevas? ¡Es del Dios grande y poderoso, quien escudriña todos tus caminos, y quien puede echar tu alma en el infierno! Por lo tanto, ten cuidado de predicar tu mensaje fielmente». Luego siguió con el mismo sermón del Domingo anterior, pero pronunciándolo con más energía. Después de la comida, el rey mandó llamar al obispo, y con cara severa le preguntó cómo se atrevía a predicar de aquella manera, a lo que el obispo, arrodillándose, contestó que su deber a su Dios y a su príncipe le había obligado a obrar así; y que sólo había cumplido con su deber concienzudamente en lo que había dicho. El rey se levantó, estrechó la mano del piadoso ministro, le abrazó y le dijo: «Bendito sea Dios porque me ha dado un siervo tan fiel!»

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

PARA sus vacaciones en Gijón, casa con baño, muy cerca de la playa. Espléndidas habitaciones. Buena pensión. Desde 7 pesetas. Cabrales, 36, 2.º. José García.

EL Cristiano. Se ofrece la colección completa de este semanario, bien encuadrada, constando de 50 tomos, a razón de 7,50 pesetas el tomo. Dirigirse a la Administración de esta Revista.